



7

Che Guevara

*México – El encuentro con el Che – Complicidad intelectual –
Personalidad y voluntad – Preparando la guerrilla – Entrenamientos*

Después de pasar dos años en la cárcel, en la isla de Pinos, usted se marcha al exilio a México, y cuando llega allí se encuentra, por primera vez, con Ernesto Che Guevara. Me gustaría que me dijese en qué circunstancias lo conoció.

Bien, a mí me place hablar del Che, realmente.¹ Es conocido el recorrido del Che cuando estaba en Argentina estudiando; sus viajes en motocicleta por el interior de su país,² luego a varios países latinoamericanos, a Bolivia y otros lugares.³ No olvidarse que, en Bolivia, se produjo en el año 1952, después del golpe de Estado militar de 1951, un movimiento de obreros y campesinos fuerte, que dio la batalla ahí y tuvo mucha influencia.⁴ Es conocido el recorrido a punto de graduarse como médico, con su amigo Alberto Granado, en que visitaron distintos hospitales y terminaron en un leprosorio por allá por el Amazonas trabajando como médicos. Entonces, él visitó todos los lugares de América Latina; había estado en las minas de cobre de Chuquicamata, en Chile; atravesó el desierto de Atacama; visitó las ruinas de Machu Picchu en Perú; en otro viaje navegó sobre el lago Titicaca, conociendo e interesándose mucho por los indígenas.

Estuvo también en Colombia, en Venezuela. Tenía mucho interés por todos aquellos temas. Desde su época de estudiante se había interesado además por el marxismo y el leninismo; después volvió, y es conocido también el recorrido como médico, ya graduado, con su amigo Alberto Granado, en que visitaron distintos hospitales y terminaron en un leprosorio por allá por el Amazonas trabajando como médico.⁵ De ahí, es sabido que él se traslada a Guatemala, cuando lo de Arbenz.⁶



El presidente Jacobo Arbenz estaba haciendo, en ese momento, reformas muy progresistas en Guatemala.

Sí. Allí tenía lugar un proceso interesante, admirable, de una reforma agraria en que resultaron afectadas también grandes plantaciones de plátano explotadas por una gran transnacional norteamericana... Dan un golpe los militares con el apoyo de Estados Unidos, y entonces aquella reforma agraria, desde luego, la descartaron de inmediato. En aquella época era como un pecado hablar de leyes de reforma agraria. Todavía Kennedy no había hablado de reforma agraria... Hablar de reforma agraria era cosa de comunistas, pronunciar esas palabras —«reforma agraria»— era identificarte, de inmediato, como un comunista.

Y allí, en Guatemala, hicieron una, y, como en todas partes, los poderosos inmediatamente empezaron a oponerse. También los vecinos del Norte y sus instituciones especializadas comenzaron a organizar la contrarrevolución y la toma del poder, el derrocamiento del presidente electo, Jacobo Arbenz, también con una expedición militar, pero más fácil, porque era desde la frontera y con grupos militares del viejo ejército.

Después de que nuestro movimiento atacara el cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, un número de compañeros consigue escaparse del país. Antonio «Ñico» López⁷ y otros van a Guatemala. Che ya estaba allí, y sufre la amarga experiencia del derrocamiento de Jacobo Arbenz, conoce a nuestros compañeros, y con ellos se va para México.

¿Su hermano Raúl lo conoció antes que usted?

Sí, porque, de Cuba, uno de los primeros que sale hacia México es Raúl. Estaban ya acusándolo de poner bombas, y yo mismo le digo: «Tienes que salir». Va para México y, allí, conoce al Che por intermedio de nuestros compañeros que ya estaban allí. Bueno, aún no era el Che, era Ernesto Guevara, pero como los argentinos les dicen a los demás «¡Che!», los cubanos empezaron entonces a llamarlo a él «Che», y así se le fue conociendo...

Yo me retardo un poco porque yo era un muerto un poquito más pesado, pero llegó el momento también en que tuve que salir para México. Durante esas semanas, después de nuestra salida de prisión, habíamos desarrollado una intensa campaña de divulgación de nuestras ideas y propósitos. Habíamos estructurado nuestra propia organización revolucionaria —el Movimiento 26 de Julio— y habíamos demostrado la imposibilidad de proseguir la lucha por vías abiertas y legales. Por



CHE GUEVARA

lo que salimos hacia México con la intención de preparar desde fuera la siguiente etapa de esa lucha.

¿El Che simpatizaba ya con las ideas de ustedes?

Él era marxista ya. Aunque no militaba en ningún partido era ya, en esa época, un marxista de pensamiento. Y allí, en México, estaba con Níco López, que era uno de los dirigentes del Movimiento, buen muchacho, modesto, procedía del Partido Ortodoxo, muy radical, mucha valentía, había participado en el ataque al cuartel de Bayamo...

Cuando nosotros asaltamos el Moncada, ya le he explicado largamente cuál era nuestro pensamiento. Yo era comunista utópico. Eso tiene que ver con mis afinidades con el Che. Esa coincidencia en muchas ideas fue quizá una de las cosas que ayudaron mucho a la afinidad con el Che.

¿Usted se da cuenta, cuando lo encuentra por primera vez, que el Che es diferente?

Él tiene la simpatía de la gente. Era de esas personas a quien todos le toman afecto inmediatamente, por su naturalidad, su sencillez, por su compañerismo, su originalidad, y por todas sus virtudes. Es médico, está trabajando en el Instituto de Seguro Social haciendo unas investigaciones, no sé si sobre cosas cardíacas, o sobre alergia, porque él era alérgico.

Padecía asma.

Al grupito nuestro ya le caía bien, a aquellos que estaban allí, no eran muchos. Ya Raúl había trabado conocimiento con él. Cuando llego, entonces es cuando lo conozco. Él tenía veintisiete años, yo aún no había cumplido los veintinueve...

Él mismo cuenta⁸ que nuestro encuentro se hizo una noche, en julio de 1955, en México, en la calle Emparan, si mal no recuerdo, en casa de una amiga cubana, María Antonia González. Bueno, si él ha venido viajando, ha visto lo de Guatemala, ha sido testigo de la intervención estadounidense, sabe que hemos atacado una fortaleza, sabe que está aquel programa de *La Historia me absolverá*, sabe cómo pensamos, aunque no hiciéramos aquella noche mucha exhibición del alcance de nuestras ideas, porque no tenía nada táctico hacerlo...

Él ahí tenía una característica distinta. En un momento dado se complicó su situación y la nuestra también, por su carácter y su mane-



ra de ser. A eso, si quiere, me refiero más adelante. Pero, bueno, llegamos y conversé con él, y él, bueno, allí, se unió a nosotros...

Quien ha vivido como él toda esa experiencia, con aquella vocación revolucionaria, con aquel espíritu de lucha, con su profundo desprecio al imperialismo, que sabe lo que hicimos y lo que estamos planeando, y cuáles son nuestras ideas, está totalmente de acuerdo. Él sabía también que en nuestro movimiento había pequeña burguesía y había de todo; veía una revolución de liberación nacional, una revolución antiimperialista, no veía todavía una revolución socialista, pero estaba feliz, y se suma rápido, se enrola de inmediato.

Él se alista en la aventura.

Una sola cosa me dice: «Fidel, una cosa te voy a decir —para que usted vea qué premonición; es un hombre que, además, tenía muy especiales características, que nunca trató de preservar la vida, nunca se cuidó—: yo lo único que quiero es que cuando triunfe la Revolución en Cuba, por razones de Estado ustedes no me prohíban ir a Argentina a hacer la revolución».

¿En su país?

Sí, en su país. Eso es lo que me dice, ya que nosotros éramos medio internacionalistas, acuérdesese de Bogotá, Cayo Confites y otras cosas en que estuvimos. Entonces, le digo: «De acuerdo». Era obvio, y él confió, él confió plenamente, algo que admiraba mucho de él.

¿Él empezó a entrenarse militarmente con ustedes?

Con nosotros asistía a un curso de táctica que nos daba un general español, Alberto Bayo,⁹ que había nacido en Cuba, en Camaguey, en 1892, antes de la independencia de 1898, en los años veinte, había luchado en Marruecos, en el ejército del aire, y después, como oficial republicano, combatió en la guerra civil española y se exilió en México. Che era un alumno asiduo en todas las clases tácticas. Bayo decía que era su «mejor alumno». Los dos eran ajedrecistas y, allí en el campamento, echaban todas las noches grandes partidas de ajedrez.

Bayo no rebasaba las enseñanzas de cómo debe actuar una guerrilla para romper un cerco, a partir de las veces que los marroquíes de Abdel-Krim, en la guerra del Rif, rompieron los cercos españoles. Ahora, no elaboraba una estrategia, no le pasaba por la mente la idea de que una guerrilla se convirtiera en ejército, y que ese ejército pudiera derrotar al otro, que era la idea nuestra.



CHE GUEVARA

¿Eso era lo que ustedes querían hacer?

Cuando hablo de ejército, ya le digo, hablo de ejército que derrotara a otro ejército. Era nuestra idea. ¿Se da cuenta?

¿Su idea era transformar una guerrilla en ejército y hacer una forma de guerra de nuevo tipo?

Hay dos tipos de guerra: una guerra irregular y una guerra regular convencional. Nosotros elaboramos una fórmula para enfrentarnos a aquel ejército de Batista que tenía aviones, tanques, cañones, comunicaciones, todo... Nosotros no teníamos ni dinero ni armas. Tuvimos que buscar una fórmula, y, bueno, fue exitosa. No le voy a decir que todo fue méritos, el azar juega importantes papeles. Uno puede cometer errores... Puede hacer las cosas lo más perfectamente posible y corre riesgos por culpa del azar. Hay algunas circunstancias en que fue el azar, así que no se puede decir que es mérito todo. Uno hace el esfuerzo, trata de hacer las cosas lo mejor posible, nosotros así lo hicimos, porque teníamos una idea y planes.

En México, con Bayo, nos entrenamos duro para eso. Yo además tenía que hacer las tareas de organización y tenía que moverme mucho, me era muy difícil estar a la misma hora en todos los entrenamientos... Y a pesar de eso, con el Che, Raúl y los demás estábamos en el campo de tiro siempre.

¿El Che seguía los cursos asiduamente?

Sí, los cursos teóricos, también las prácticas de tiro y era muy buen tirador. Allí, en México, nosotros practicábamos tiro en un campo inmenso de ocho kilómetros por dieciséis. Era propiedad de un antiguo compañero de Pancho Villa, y se lo habíamos alquilado. Practicábamos el tiro a pulso sobre ovejos que soltaban a trescientos metros en el campo de tiro... Nosotros teníamos cincuenta y cinco mirillas telescópicas, rompíamos un plato a seiscientos metros, de perfil. Y nuestra gente tiraba muy bien. Poníamos a un hombre a doscientos metros y una gallina al lado, con la mira telescópica, no hay que hacerlo con otro fusil, porque la mirilla te da una gran exactitud... Hacíamos cientos, miles de disparos, era una prueba que le hacíamos a la gente, la confianza. Estaba el Coreano.¹⁰ Poníamos la botella a un pie de un compañero, y nunca un disparo cayó entre la botella y la persona, y estaba a 200 metros, fusil apuntando apoyado; claro, no se puede hacer eso a pulso, porque a la más leve variación hieres.



Lo que sabíamos era tirar, que es algo muy distinto de qué es lo más correcto hacer y lo que no es correcto. Después elaboré una táctica, ya le digo.

¿El Che no tenía ninguna experiencia militar cuando llega allí?

No, ninguna. No tenía.

¿Allí aprende?

Estudia y practica, pero él es médico de la tropa, y resultó ser un médico destacado, atendía a los compañeros. Ahora, una cualidad que lo retrata, una de las que yo más apreciaba, entre las muchas que apreciaba. El Che padecía de asma. Ahí estaba el Popocatepetl, un volcán que se halla en las inmediaciones de México, y él todos los fines de semana trataba de subir el Popocatepetl. Preparaba su equipo —es alta la montaña, 5.482 metros, de nieves perpetuas—, iniciaba el ascenso, hacía un enorme esfuerzo y no llegaba a la cima. El asma obstaculizaba sus intentos. A la semana siguiente intentaba de nuevo subir el «Popo» —como le decía él— y no llegaba. Nunca llegaba arriba, y nunca llegó a la cima del Popocatepetl. Pero volvía a intentar de nuevo subir, y se habría pasado toda la vida intentando subir el Popocatepetl, hacía un esfuerzo heroico, aunque nunca alcanzara aquella cumbre. Usted ve el carácter. Da idea de la fortaleza espiritual, de su constancia, una de esas características.

Una voluntad...

Era tremendo, eso lo retrataba. A él no le importaba lo difícil. Lo intentaba, y estaba seguro de que llegaría. ¿Cuál era otra de las características del Che? Era que, cada vez que hacía falta, cuando éramos un grupo todavía muy reducido, un voluntario para una tarea determinada, el primero que siempre se presentaba era el Che.

Y otra característica de él: esa previsión, cuando me dice aquello.

¿De que quería ir a Argentina?

Sí... Y después, en la guerra nuestra, yo tuve que hacer un esfuerzo y preservarlo, porque si lo dejaba hacer lo que quería, lo matan. Desde los primeros momentos se fue destacando... Cada vez que hacía falta un voluntario para una misión difícil, porque había algo, una sorpresa, unas armas que podían aparecer, el primer voluntario era el Che.



CHE GUEVARA

¿Era voluntario para ir a las misiones más peligrosas?

Era el primer voluntario para cualquier misión difícil; se caracterizaba por un extraordinario arrojo, un absoluto desprecio del peligro, pero, además, a veces proponía hacer cosas aún más difíciles, peligrosas... Yo le decía: «No».

¿Porque corría demasiados riesgos?

Mire, usted manda a un hombre a una primera emboscada, a una segunda, a una tercera, y a la cuarta, a la quinta o a la sexta, es como cara o cruz, en un combate de una escuadra o dos, muere. Siempre hay resistencia, hay combate.

¿No había problema de que él no fuese cubano?

Sí, en México lo habíamos puesto al frente de un campamento y hubo algunos que empezaron a hablar de que era argentino, y se buscaron la gran bronca conmigo. Le voy a decir los nombres algún día. No tengo que decir los nombres ahora, después cumplieron. Sí, allá en un campamento de México... Y aquí, en la guerra nuestra, bueno, ya como era el médico, su valentía, todo eso, lo hicimos comandante, jefe de una columna, y se destaca por un montón de cualidades.

¿Humanas, políticas, militares?

Humanas y políticas. Como hombre, como ser humano extraordinario. Era, además, un hombre de elevada cultura, era un hombre de gran inteligencia. Y con cualidades militares también. El Che fue un médico que se convirtió en soldado sin dejar de ser médico un solo minuto. Hubo muchos combates en los que estuvimos juntos. Yo reunía las tropas de los dos y hacíamos una operación, una emboscada.

Nosotros aprendimos allí el arte de la guerra, descubrimos que el enemigo en sus posiciones es fuerte, y el enemigo en movimiento es débil, muy débil. Una columna de trescientos hombres tiene la fuerza de las dos escuadras que van delante; los demás no disparan en los combates. Fue un principio elemental que usamos: atacar al enemigo en movimiento. Si atacábamos posiciones, teníamos bajas, gastábamos balas, no siempre tomábamos el objetivo, y el enemigo combatía, estaba atrinchado. Fuimos desarrollando las tácticas; no le voy a hablar de eso, pero fuimos aprendiendo todas las tácticas, y la primera columna fue nuestra escuela.



Ustedes, en un momento dado, en México, cuando están entrenándose, caen presos. ¿Recuerda usted aquello?

Sí. Eso tiene una historia. Caemos presos. Yo caigo preso casi por casualidad. Un papelito por aquí y otro por allá, la policía mexicana fue descubriendo, y ninguno de nosotros daba ni la más mínima información, nos amenazaban con expulsarnos.

Tuvimos suerte: tropezamos con la policía más seria. Hay un oficial que era del ejército y dirigía una unidad, creía que éramos unos contrabandistas o algo así, porque nos hicimos sospechosos. De milagro no nos matan...

Batista tenía influencia y una institución, que era la policía secreta, y planes de matarnos en México también. Nosotros teníamos que tomar medidas, pasar de una casa para otra en una situación de riesgo. En un momento, nos hacemos sospechosos. Y a unos policías se les hacen sospechosos unos carros, y actuaron con bastante habilidad, porque cuando me refugio en una esquina, pongo a Ramirito Valdés, que va detrás, y yo voy con otro, Universo Sánchez, a un edificio que están construyendo. Dejo a los dos en mi retaguardia, en una calle. Y detrás de unas columnas veo un carro que llega y se para; digo: «¡Nada, éstos vienen a matarnos o a secuestrarnos!». Yo tengo una pistola-ametralladora y estoy allí, detrás de la columna; y cuando estoy sacando la pistola-ametralladora, vienen por detrás y me pegan aquí, en la nuca.

¿Qué había pasado? Habían capturado a esos dos, Ramirito y Universo, y cuando yo creo que los tengo a los dos en la retaguardia y voy a defenderme del carro aquel —si llego a disparar, ya usted sabe lo que habría durado—, en ese mismo momento en que estoy sacando el arma, me arrestan. Creen que han arrestado a unos contrabandistas o alguna cosa de esas —no había en esa época ni las drogas casi, más bien el contrabando— y nos llevan.

A nosotros lo que nos salva es que empiezan a conversar... Una gente firme, dura, una actitud... Fueron muy capaces, porque agarraban un papelito cualquiera y seguían el hilito, agarraban un teléfono... Cómo sufrí yo porque Cándido González —uno de los compañeros— había puesto en su bolsillo el número del teléfono de la casa que teníamos de reserva y menos mal que a los policías, que siguieron todas las pistas, no se les ocurrió coger aquel teléfono, que hubiera sido el golpe más fuerte. Pero nos ocuparon una cantidad de armas. Aunque uno podía ver que nos respetaban.



CHE GUEVARA

¿El Che no está con usted en ese momento, cuando le arrestan?

No. Al Che lo arrestan cuando él está en aquel campamento donde nos entrenábamos, el rancho Santa Rosa, en Chalco. Ellos estaban buscando y me dicen: «¡Un momento!, ya sabemos dónde está el campamento, ya hemos...». Estuvieron un montón de tiempo buscando, no sé cómo agarraron un papelito, lo empataron con alguien que había hablado por allí y me dicen el lugar exacto donde estaba el rancho, casi en las afueras, y allí había un grupo como de veinte compañeros y tenían armas. Entonces yo agarro y les digo: «Les pido una cosa, permítanme ir a donde están ellos, para evitar allí un enfrentamiento», y estuvo de acuerdo el jefe militar aquel. Entonces, fui, me asomé solo y los compañeros contentos, creían que me habían puesto en libertad... Les digo: «No, no, ¡quietos, no se muevan!». Y les expliqué lo que ocurría.

Ahí es donde arrestan al Che. Hay un grupo que estaba disperso por el campo y se salva. Bayo no cae... Ahí es donde Bayo hizo una huelga de veinte días, el español republicano aquel que había hecho una expedición, durante la guerra civil española, a las Baleares para liberarlas de los franquistas... Él siempre después hacía un libro, ya estaba haciendo uno: *Mi frustrada expedición a Cuba*... Era genio y figura hasta la sepultura, aquel español que había nacido en Cuba y se había criado en Canarias.

¿A él no lo detienen?

No. Bayo no cae preso, no está ahí en ese momento; pero sí ocupan un número de armas, que eran las que teníamos allí, con las que los compañeros hacían allá entrenamiento y subían lomas y todo. Allí había una producción de leche de chiva, eso era lo que los camuflaba, pero era de unos vecinos.

Claro que en México había mucha gente con armas... Pero la policía, que había hallado algunos indicios en un montón de días, nos encontró. Ahí es donde el Che cae preso.

¿Ustedes están en la cárcel juntos?

Sí, estamos juntos casi dos meses presos. ¿Cuándo él nos crea un problema? Cuando al Che lo van a interrogar, y le preguntan: «¿Usted es comunista?». «Sí, yo soy comunista», contesta. Y los periódicos, allá en México, diciendo que éramos una organización comunista, que estábamos conspirando y no se sabe cuántas cosas decían... Al Che lo llevan, lo está interrogando el fiscal, y él hasta se pone a discutir sobre el culto a la perso-



nalidad, la crítica a Stalin... Allí está el Che enfrascado en una discusión sobre los errores de Stalin. Esto ocurría en julio de 1956, y en febrero de ese mismo año se había producido la crítica de Jruschov a Stalin,¹¹ y entonces sí tú ves al Che discutir... Y dice: «Sí, cometieron estos errores, en esto y lo otro», y defendiendo ahí su teoría comunista y sus ideas comunistas. ¡Figúrese!, él, que era argentino, corría más riesgos.

Como consecuencia de eso, los últimos dos que salimos fuimos él y yo. Y todavía, incluso, a mí me sacan creo que un día antes que a él. Ahí intervino Lázaro Cárdenas,¹² fueron distintas cosas... Nosotros no teníamos relaciones en México y allí estuvimos presos los dos.

Se dice que el Che tenía simpatías trotskistas, ¿usted lo percibió en aquel momento?

No, no. Déjeme decirle, realmente, cómo era el Che. El Che ya tenía, como le digo, una cultura política. Se había leído naturalmente los libros y las teorías de Carlos Marx, de Engels y de Lenin... Él era marxista. Nunca le oí hablar de Trotski. Él defendía a Marx, defendía a Lenin, y atacaba a Stalin. Bueno, criticaba el culto de la personalidad, los errores...; pero nunca le oí hablar realmente de Trotski. Él era leninista y, en cierta forma, reconocía hasta algunos méritos de Stalin. En realidad, bueno, la industrialización y algunas de esas cosas.

Yo, en mi fuero interno, era más crítico de Stalin por algunos de sus errores. La gran culpa de que ese país hubiese sido invadido, en 1941, por millones de soldados alemanes... Stalin cometió errores políticos y errores tácticos, me aparto de lo de dentro, que es conocido, el abuso de la fuerza, la represión y las características de él, su culto de la personalidad. Pero también tuvo tremendos méritos como conspirador, y, desde luego, tuvo méritos en la industrialización, en llevar la industria hacia la retaguardia. Tuvo visión y algunos méritos, pero métodos autoritarios, brutales, represivos...

Así que yo, cuando lo analizo, analizo sus méritos y también sus grandes errores. Y los más grandes los cometió cuando purgó al Ejército Rojo en virtud de una intriga de los nazis.

Él mismo se desarmó.

Se desarmó, se debilitó, y firmó aquel nefasto Pacto germano-soviético Molotov-Ribbentrop y las demás cosas. Ya le he hablado de eso, no voy a añadir más.